

HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



El Caribe, nuestro padre mediterráneo • La conexión jamaicana y la Nueva Granada • La provincia colombiana y la centralización política • Perfil humano del Caribe • Raíces caribeñas de la cultura colombiana • Surgimiento y recuperación de una contra-cultura en la Colombia contemporánea • El mundo demoníaco de "El Astillero" • La cocina en la Guajira. Obertura.



DISCURSO DE HOMENAJE AL MAESTRO ALEJANDRO OBREGON

Por
Jesús Ferro Bayona

Señoras y Señores:

Nos encontramos aquí acompañando al maestro Alejandro Obregón. El motivo es sencillamente obvio como lo es la omnipresencia de su pintura en nuestro paisaje cultural y, mucho más hondamente, en los parajes recónditos de nuestra sensibilidad que, con sus ojos de luz y de noche, flota en el Mediterráneo de nuestras vidas que es el Caribe.

Acompañamos a Alejandro para hacerle un homenaje que nace del corazón: es el pintor y es el maestro, creador de formas que han cambiado nuestra visión de las cosas, esas que miramos diariamente para que se cumplan las palabras de Carranza: "Cuando el paisaje vuelve / como vuelve un recuerdo / y el ángel del color / pinta el mundo de nuevo".

Es el maestro, ese título que en nuestro medio está muy lejos de las academias y de las solemnidades, pero que es reconocimiento al saber vital y al arte forjado a pulso, ese pulso que Obregón convierte en una pasión cuando pinta.

Desde cuando se presentó al V Salón Nacional, en **octubre** de 1944, con los cuadros titulados **Niña con jarra**, **Retrato del pintor** y **Naturaleza muerta**, hasta hace pocos días cuando vimos el mural **Dos océanos y tres cordilleras** que pintó en el Salón Elíptico del Congreso, el maestro Obregón ha seguido refrendando su frase de 1956:

"Para ser pintor hay que ser cuerdo. Terriblemente cuerdo y tener convicciones firmes. ¡Firmes! Y, ¡hay que trabajar!"

¿Qué otra cosa mejor podría decir un pintor cuyo oficio es pintar y no hablar, como escribía Rainer María Rilke a propósito de Paul Cézanne: "Se trataba de consumir el amor en el trabajo, no de revelarlo, no de decirlo"?

Ese Cézanne que viene ahora a mis recuerdos. Lo imagino escalando penosamente la pendiente que lo conduce de la casa de Madame Brémond a su atelier muy cerca de la explanada, desde donde se pueden contemplar las infinitas mutaciones que ofrecía a su mirada la montaña de la Sainte Victoire. Así lo imaginé en esa apacible ciudad que se llama Aix-en-Provence, lugar de donde no quiso moverse para permanecer atento en la observación de sus manzanas, consumiendo su amor en el trabajo, **sur le motif**, como solía decir, para rematar con otra frase que merodeó en sus cartas poco antes de su muerte: "Je me suis juré de mourir en peignant": frase que traduzco sin mucho agrado por: "Me he propuesto llegar a la muerte pintando".

La pintura es algo que ocurre entre los colores; por eso, hay que dejarlos totalmente solos para que se definan mutuamente. El tráfico entre ellos: eso es la pintura. El que allí traduce sus palabras, el que organiza, el que deja de algún modo actuar también su re-

flexión, su agudeza, su función de abogado defensor, perturba y enturbia ya ese hacer.

Me he apoyado en las anteriores frases de la correspondencia de Rilke para tener la tranquilidad de decir que sobre un cuadro nada hay que decir. Está ahí como una presencia en el silencio de los espacios sensibles para ser visto en su estado de perpetuo nacimiento.

Sobre la **historia** de la pintura del maestro Obregón se ha escrito bastante recientemente. Yo llamaría a esa historia: el momento de la objetivación, que está a cargo de los críticos, historiadores y expertos en la materia. Son más de cuarenta años de creación pictórica que ha deslumbrado a artistas y a estudiosos por su vigor y originalidad. Sus cuadros han sido contemplados en incontables muestras de arte nacional y el reconocimiento en muchos otros salones internacionales consagra su pintura con el carácter de universal.

Cóndores y toros, barracudas y mojarras, flores y volcanes, manglares del Magdalena y de la Ciénaga Grande, Bolívar y Blas de Lezo, memorias, victorias, naufragios y cosas de la luna (1978) viven en sus innumerables cuadros con la transformación que realiza el arte, ese arte suyo tan independiente y personal y, por lo mismo, tan original que mira con otros ojos lo mismo que los nuestros miran todos los días.

Obregón es ya un pintor sin límites, dueño de una fama que se confunde con todo lo bello que tiene Colombia. Por eso, nos enorgullecemos de que el mundo mismo lo consagre como maestro, nuestro compatriota y, para decirlo con cierta altivez, nuestro hermano de la Costa Caribe. Es él, pintor universal, colombiano y costeño, cuya vida se ha desenvuelto en este paisaje que amamos, quien ha enaltecido con su obra a nuestra tierra.

La Universidad del Norte, centro universitario costeño, le debía este homenaje al maestro Obregón y nada es más cabal que la ocasión de celebrarse en este año el vigésimo aniversario de su fundación para que hagamos una fiesta de la amistad y de la admiración que exalte la gloria del Maestro.

Como sabemos que a él no le placen ni las formalidades, ni el gesto ceremonioso ni el estiramiento de una sesión solemne, hemos imaginado una fiesta caribe en la cual podamos saludarlo trayendo al espacio de la música, de las palabras de felicitación y del jolgorio, las imágenes de su tierra natal, de esta tierra del trópico que él ha pintado con amor, como si una mujer-flor estuviera presente en cada cuadro suyo, mujer de este Caribe ardiente, sensual y fantástico.

Esta geografía del Caribe, este trópico de fogaje que penetra los silencios, estos caños y ciénagas, este espectáculo de humedad y de canícula, es la realidad propia de su pincel que encuentra los colores sin buscarlos porque están

desparramados en el paisaje que su ojo avizor ha sorprendido en cada cosa de la naturaleza febril del Caribe: caimanes apesadumbrados, flores cálidas, camarones inermes, niñas de coleocanto (1959), aves que caen al mar (1961), garzas desorientadas, un tauro virgo (1978), Angela de la medianoche (1982), el gavilán pollero (1982), la lluvia, el mar revuelto (1980), en fin, la magia del Caribe (1961) con sus magos náufragos y sus volcanes sumergidos.

Con la libertad que está en el origen de nuestro talento, quiero decir algo que he pensado como simple observador de su pintura, perdido entre la gente. Durante casi seis años, de los trece que permanecieron varios cuadros del maestro Obregón en la Universidad del Norte, estuve mirando diariamente el **Toro-Cóndor** que colgaba en la Rectoría, y repetía ante él los versos de Borges:

*Montañoso, abrumado, indescifrable,
Rojo como la brasa que se apaga,
Anda fornido y lento por la vaga
Soledad de su páramo incansable.
El armado testuz levanta. En este
Antiguo toro de durmiente ira,
Veo a los hombres rojos del Oeste
Y a los perdidos hombres de Altamira.
Luego pienso que ignora el tiempo*

/humano,

*Cuyo espejo espectral es la memoria
El tiempo no lo toca ni la historia
En su decurso, tan variable y vano.
Intemporal, innumerable, cero,
Es el postrer bisonte y el primero.*

El cuadro del **Toro-Cóndor** no está más en la Rectoría de la Universidad, se lo llevaron, pero queda su invisible fuerza y el rojo de la sangre del Cóndor en el recinto.

Yo miro su pintura como un *passant*, como quien deambula queriendo comprenderlo todo y llevando a lo desmesurado en la mirada todo lo que debe hacer nuestro corazón para que no nos aniquile. Es tanta la belleza del mundo y tanta la riqueza interior, que necesitamos de pintores como Obregón para que traigan a nuestros ojos "los trémulos colores (que) se guardan en las entrañas de las cosas", para repetir un verso de Borges.

Por fortuna el cuadro mantiene en equilibrio la realidad. Esa que Wassily Kandinsky llamaba realidad infinita de colores y de formas. Gracias al pintor podemos sobrellevar las combinaciones del vigor y la debilidad, del furor y el desespero, de tantas cosas terribles y tantas cosas bellas; gracias a Obregón este trópico y este Caribe también tienen otro color y otra forma. Me inspiro en Picasso quien escribió en 1945, "¿Qué creen ustedes que es un artista? Es un ser continuamente despierto ante los desgarradores, ardientes o suaves acontecimientos del mundo, labrándose totalmente a su imagen".

Reciba, maestro Obregón, nuestro reconocimiento franco y cálido. No hay un fin. El tiempo nos irá dejando para siempre su universo de colores hermosos, aunque llegue la noche.